



**POR ROBERTO AMPUERO
 ESCRITOR, EX MINISTRO
 Y EMBAJADOR.**

Estos días de lluvia me vuelven prudentemente optimista. En la zona central dispondremos de agua este verano y el próximo año. ¿Será? Ya no hablamos en términos de extensos ciclos lluviosos, seguidos de ciclos secos. Al contemplar las escasas lluvias invernales -otrora copiosas- nos consuela pensar que al menos habrá agua en el corto plazo. Algo es algo. Spongo que las autoridades pronto mostrarán las obras iniciadas o construidas desde el 2022 a la fecha para enfrentar la creciente merma hídrica. Los camiones cisterna, decorados con letreros del gobierno regional, que suministran en forma racionada agua a la población, no pueden ser la respuesta definitiva al drama de cientos de miles, mi ciudad incluida. Esa medida parche, útil como respuesta de emergencia, hace mucho que no cumple los requisitos "civilizatorios" mínimos. Es el nivel de Cuba y Haití, no el de Chile. De paso celebro el veloz avance de las tuberías de agua multipropósito de la empresa privada Aguas Pacífico, destinada a labores mineras, que crearán empleos, pero que también beneficiará a clientes industriales y agrícolas, y al consumo humano de la zona.

Tengo mis razones para dudar de la autoridad: el Presidente Boric, en enero de 2023, dio en Viña del Mar "el puntapié inicial" para la construcción del tren de velocidad Santiago-Valparaíso, una entelequia que duró menos que los ecos de la fanfarria prometiendo humo por la cercanía de elecciones. Espero que esta vez las autoridades locales informen sobre lo que efectivamente han hecho para afrontar la situación hídrica aquí, y que eso no se reduzca al suministro con camiones cisternas, que es un analgésico para una

enfermedad que requiere cirugía mayor. En fin, cada domingo me propongo publicar una columna sin connotaciones políticas, pues éstas hartan nos agobian por la incertidumbre de nuestro Chile postrado económicamente y con problemas que lo desbordan, un país con el alma trizada que se le cae a pedazos. Sin embargo, vuelvo a caer en lo político porque creo que continuar como vamos desembocará en tragedia. La situación es delicada. No se puede tapar el sol con un dedo.

Vuelvo al tema dominical que deseaba compartir con ustedes: las lluvias de estos días en nuestra zona me traen a la memoria no sólo las torrenciales de decenios atrás, acompañadas de "temporales", jornadas en que el Pacífico se encabritaba, estallaba en tempestades que duraban días y causaban estragos, incluso hacían encallar o hundían a barcos en la bahía. Todo eso ocurría ante los ojos de los porteños que contemplaban azorados la potencia de la lluvia, el viento y las olas mientras tapaban goteras y martillaban las planchas de zinc para que no se fueran volando. Entonces el heroico Bote Salvavidas cruzaba la bahía brinco de ola en ola para socorrer a barcos y tripulaciones en emergencia. Sonaban las sirenas de las naves como llanto de niños abandonados, y yo seguía eso desde mi cuarto con binoculares, increíble. Los "caballeros del océano" -tripulantes del Bote Salvavidas- no se arredraban ante nada. Con brío asumían sus riesgosas faenas de auxilio y rescate. Siempre quise hablar con esos intrépidos anónimos, mas nunca lo logré.

Estos días de lluvias también me traen a la memoria lluvias de otras ciudades en que viví. Nombraré hoy sólo dos. Una es la pequeña ciudad universitaria de Iowa City, ciudad del Medio Oeste estadounidense, cuna mundial de los talleres de escritura creativa, donde obtuve mi maestría en literatura y doctorado en filosofía. La denominada "Atenas entre los maizales" está situada en el centro de la gentil pradera de Iowa. Nada lejos de Canadá, allí tanto las lluvias de verano -que por su humedad y temperatura parecen del Caribe- como en la primavera son diluvios bíblicos. Uno te-



Lluvias que dejan huellas

me que el mundo se desfondó por tanta agua. Son precipitaciones intensas, cerradas, furiosas como si los dioses del Olimpo se vengasen de los mortales. Intimidan, más aun sus rayos surtidos. La cortina de agua impide ver el otro lado de la calle. Los elementos nos recuerdan nuestra insignificancia. No puede haber una sola gotera en el techo, pues se inundará la casa.

Pero al final del otoño a veces se producía un sorpresivo tránsito de la lluvia fría al punto de congelamiento. Todo se congela en segundos. La ciudad se vuelve una pista de hielo. Nadie debe circular por las calles. De un momento a otro deja de llover, baja la temperatura a menos de cero y afuera todo se congela. Revientan cañerías de agua no abrigadas, los vehículos no pueden desplazarse pues sus ruedas no se agarran al hielo, y si se deslizan por calles inclinadas, no sirven el

freno ni el manubrio. Y, de no creer: uno no puede caminar porque el hielo es traicionero, y una caída puede resultar fatal. Lo recomendable a trechos (no bromeo) es avanzar pasito a pasito aferrándose a rejas (no hay muchas), a árboles, postes de luz, monumentos y, lo más seguro, es gatear o arrastrarse o andar en cuclillas. Si caminas y te caes, quedas inconsciente y nadie te ve, puedes morir. La ayuda puede no llegar.

Dos veces en quince años el fenómeno me pilló en la universidad. La primera volví a casa caminando. Me resbalé y caí tres veces. Era joven y novato allí, y Dios me ayudó, pero caí con dignidad porque estaba oscuro y no andaba nadie en el inclinado parque que atravesaba. Años más tarde enfrenté otra helada repentina porque la alarma había pronosticado el fenómeno a las siete de la tarde, pero comenzó a las seis. Todo de pronto quedó desierto como

si hubiesen avisado que iban a bombardear. Fui a casa, me sentía experimentado para hacerlo. Me eché la mochila a la espalda cargada con libros y papel para protegerme en una caída, y supuse que la shapka rusa de piel de conejo me protegería la cabeza. El trecho que cubría usualmente en 17 minutos, me tomó más de hora y media. El río Iowa estaba congelado. Lo crucé por un puente, aferrado a sus barrotos. Dos veces pasaron etéreas y concentradas muchachas que parecían ángeles pues se deslizaban gráciles en patines de hielo. Igual corren riesgos, pensé con envidia. Ojala nevara, me dije, porque la nieve es un algodón que permite caminar con esfuerzo pero seguridad.

También inolvidables son las lluvias de la otrora espléndida La Habana. Se hacen anunciar por pesadas nubes que avanzan con ímpetu desde el horizonte hacia el Male-

cón. Su emisario es un tibio vaho perfumado a tierra, raíces y hojas húmedas que viene de otras islas navegando por el Golfo. Porta una promesa redentora, una tregua de frescura olorosa y excitante. Uno se alegra, asegura puertas y ventanas y, si anda en la calle, busca donde guarecerse de los ramalazos porque esa lluvia empapa en tres segundos si es que antes no te mata un rayo. Recibía con gratitud el trueno, porque es señal de que no te mató el rayo. No había cómo protegerse de la lluvia en Cuba, isla de lluvias y huracanes, porque ni paraguas, ni botas ni menos capas había entonces. ¿Sabrá Fidel que no hay paraguas? Por eso usábamos el diario Granma de sombrero. Sí, el único, el del PC, desde luego, un panfleto de ocho páginas (hoy de cuatro), la mitad dedicadas a Fidel y el resto a la reproducción de su último discurso. Así el Granma adquiría valor de uso, diría Karl Marx en El Capital (que nunca tuvo). No, no olvidó las singulares lluvias de Iowa City ni de La Habana, pero tampoco las de Estocolmo, Ciudad de México, Saigón, Madrid o Bonn. Esas son tal vez para otra columna empapada con la lluvia del Chile Profundo. ✂